

## CAPÍTULO XV

### GUAYAQUIL, EJEMPLO DE ABNEGACIÓN

Proclamada la independencia, una diputación del Cabildo ofreció a San Martín el mando supremo de la República, que aquél asumió con el título de Protector del Perú. Pero su situación en Lima no era tan lisonjera como creían en su patria ni su poder se extendía a todo el Perú. El ejército español, fuerte de varios miles de hombres, se había reconcentrado en la sierra y allí se aumentaba. Las fortificaciones del Callao habían quedado en poder del enemigo. A poco de iniciarse en Lima el nuevo gobierno, el general Canterac bajó de la sierra con cuatro mil hombres con intenciones, al parecer, de proveer a la guarnición del Callao y pasó muy cerca de las fuerzas del Protector sin que éstas intentaran atacarlo. Algunos oficiales, y el primero el lord Cochrane, incitábanlo a evitar la entrada de Canterac en el Callao. Pero él se negó y asumió una actitud pasiva que fue criticada y parecía inexplicable. Lo cierto es que Canterac, lejos de llevar provisiones al Callao, sacó de allí elementos de guerra y, al poco tiempo, el jefe de la guarnición, general La Mar, peruano de nacimiento, capitulaba con honores para incorporarse luego al ejército independiente. Pero, cierto es también que allí empezaron las discusiones con lord Cochrane a propósito de la paga de los marinos, lo que trajo una ruidosa ruptura entre ambos jefes. El lord se retiró a Chile e inició una campaña de propaganda calumniosa contra San Martín. Entretanto, la situación de este último no era en Lima nada segura. Llevado de su inclinación al bien, adoptó muchas medidas de orden interno, a cual más plausible (fundación de una biblioteca, fundación de la orden del Sol, y muchas otras) y dio un estatuto al nuevo Estado. Pero lo que importaba era consolidar el poder y aumentar el prestigio del ejército con nuevas victorias. La acción militar se desarrolló muy lentamente a fines de 1821 y algunas medidas políticas causaron descontento, hasta ser criticadas sin rebozo por los mismos oficiales del Libertador. Considerábase un error que el general, para captarse la voluntad de oficiales realistas recién incorporados a su ejército, les encomendara misiones de gran responsabilidad, prescindiendo de sus antiguos compañeros de armas. Mirábase con antipatía a su ministro Monteagudo y chocaban ciertas medidas rigurosas que él consideró necesarias, como las empleadas con el arzobispo de Lima y el obispo de Huamanga. “La seguridad pública –dice Mitre– no justificaba tanto rigorismo.”

En diciembre de 1821, reunido con su consejo de Estado (García del Río, Monteagudo, Unanue, Moreno, el marqués de Montemira, el deán Francisco Javier de Echagüe y otros), resolvió, para conservar el orden interior del Perú y alcanzar otras ventajas como el establecimiento de un gobierno vigoroso y el reconocimiento de la independencia, iniciar una gestión diplomática en Europa tendiente a la implantación de una monarquía constitucional. Sus intenciones fueron buenas, pero la maledicencia lo acusó de pretender coronarse (¡tan luego él!) como emperador del Perú. Pocas cosas amargaron tanto su vida como esta suposición malévolamente. Fue, sin duda, un error. Por ese mismo tiempo, el Protector nombró comandante militar de Yca, en el sur de Lima, al general Domingo Tristán, *pasado*, como se decía del ejército español. Poco tardó el general Canterac, distinguido jefe realista y muy superior como militar a Tristán, en salir con rapidez sorprendente del valle de Jauja y ponerle en dispersión todas las fuerzas, después de un corto y decisivo combate. Más de mil

prisioneros hizo Canterac, se apoderó de varias piezas de artillería y de mil caballos. Natural es que este contraste –y aun desastre si se quiere– tuviera malas consecuencias para la causa.

Lo peor fue que tomó al Protector del Perú en momentos en que, por contribuir a la guerra del norte, había cedido a Sucre, lugarteniente de Bolívar –vencido por los españoles en Huachi–, mil seiscientos soldados con sus jefes, entre ellos un escuadrón de granaderos a caballo al mando de Lavalle. Hallábase, pues, San Martín, a principio de 1822, en situación harto difícil, tanto que mandó un emisario a las provincias argentinas para pedir a los gobiernos el apoyo que con urgencia necesitaba. Ya veremos a su tiempo los resultados. Sucre, con el auxilio prestado por San Martín, venció al general Aymerich en Río Bamba y en Pichincha. La victoria de Pichincha le dio el dominio de Quito y permitió a Bolívar entrar victorioso en esa población desde el norte, después de vencer a los españoles en Bomboná. De esta manera, Bolívar completaba la independencia de Venezuela y de Nueva Granada, dejando asegurados en esos territorios el poder de la Gran Colombia, república que había formado con su genio guerrero y político después de diez años de lucha formidable por la libertad de América.

Libre de españoles, la república de Colombia, con la capital en Bogotá, tenía como presidente al mismo Bolívar, a quien el congreso había otorgado el título de Libertador. La fortuna había acompañado a Bolívar en estos últimos años, desde que atravesó los Andes ecuatoriales para vencer en Boyacá, y hoy se encontraba con un gran ejército; victorioso en Quito, presidente de una república formada por grandes territorios y con su vista puesta en el Perú. Allí estaba en Lima el Libertador de Chile y Protector del nuevo Estado, en trances difíciles, con su oficialidad soliviantada en parte, con un ministro mal mirado por la opinión, amenazado por dos ejércitos españoles e indeciso entre romper con un acto de fuerza el tejido de intrigas políticas que podía terminar con su obra, o buscar una solución pacífica cualquiera, digna de su patriotismo americano y de su abnegación nunca desmentida. Graves y apurados momentos fueron para San Martín estos primeros meses de 1822, y aun los postreros del año anterior. Tuvo enemigos como el lord Cochrane que le desopinaron en toda la costa del Pacífico, y también los tuvo en Lima, donde no faltaron aquellos que, imitando al griego de la historia, “estaban cansados de oír llamarlo bueno por todo el mundo “. Al coronel venezolano Heres, que se convirtió de admirador en casi detractor de su nombre, debemos una silueta muy poco favorable del héroe del Perú, que, con todo, nos lo muestra en algunos aspectos interesantes de su vida diaria. Para Heres, San Martín “conocía perfectamente la guerra que hacía y obraba en consecuencia. Era sagaz, trataba bien al soldado, economizaba las rentas, era fecundo en arbitrios y más fecundo todavía en estratagemas para alucinar cuando le interesaba. Pero... era monárquico, había incorporado a su ejército a los esclavos que halló, o que se le presentaron, perjudicando a los propietarios en el Perú, arruinando a la agricultura y excitando un gran descontento”. No busquemos querrela al militar venezolano que, por otra parte, fue buen servidor de la causa..., pero... habría de convenir con nosotros en que San Martín no fue al Perú a fomentar la agricultura...

También lo acusa de inconsecuente y de falso. Allá él. La prueba irrefutable de su juicio está en que, en cierta ocasión, le dio un abrazo muy efusivo a Torre Tagle y después le dijo a Heres, confidencialmente, que Tagle era una india vieja que no valía para nada. A los que no creemos que San Martín naciera exento del pecado original, no nos asusta tal cosa, sobre todo si pensamos que Torre Tagle mereció efectivamente el abrazo efusivo de San Martín por los

servicios que le prestó en el Perú, pero que no valía precisamente un Perú. “Débil e inepto” lo llamó San Martín en 1822, y algo peor los mismos peruanos en 1824. Lo de “india vieja” no nos compete: declaramos ignorar la edad que en aquellos momentos contaba Tagle; no recordamos tampoco su retrato y es muy fácil que no fuera un adonis.

Que San Martín le dijo una vez a Heres que “los hombres eran monos y que como tales había que tratarlos”, ¡vaya! A menudo los hombres se conducen como monos o como algún otro irracional. ¿Quién puede dudarlo? Pero negamos que San Martín –hombre de sindéresis– pretendiera elevar ese desahogo momentáneo a la categoría de apotegma.

Lo que interesa en la página de Heres son otros rasgos muy personales del prócer. Por ejemplo: “Aunque es aseado en su vestido, guarda una economía que raya en miseria”. Este rasgo de San Martín nos consuela de tantos *rastacueros* americanos ostentosos y ridículos y aun poco aseados que hemos conocido. “Tiene algunas vulgaridades”, sigue Heres. Veamos cuáles eran: “Usa frecuentemente dichos de los gitanos y de los soldados andaluces”. Pensamos en el habla cotidiana de Napoleón y de otros jefes menores que él, habla tan poco remilgada y escrupulosa. ¿Y no vivió San Martín veinte años en España? Algunas andaluzadas debió de tener en su lenguaje, puesto que había pasado varios años en Andalucía.

Y para final..., un perrito. ¿Era el de Chacabuco, aquel por cuya conducción desde el campo de batalla hasta Santiago pagó un peso el padre Bauzá? “Siempre tenía entre las piernas o sobre la mesa un gosquecillo” (perrito).

¡Bien, hombre, bien! No era solemne ni enfático ni pomposo ni sibilino. También nos consuela esta observación.

Quiere decir que no proceden de San Martín todos los personajes solemnes, condecorados y floriponderos de la vida pública sudamericana. Recibía San Martín llanamente, con un perrito entre las botas, que a veces saltaba sobre la mesa y hasta pondría las patas sobre el visitante.

Y con todo eso, ¡cuántas preocupaciones! Bolívar está en Quito; puede llegar a Guayaquil, que hizo su revolución cuando se levantó el norte del Perú en adhesión a San Martín, y que, para el Protector del Perú, debe formar parte del Perú. La suerte es adversa al Protector. No podemos creer en aquella frase de Federico, el rey de Prusia, amigo de Voltaire, que algunos atribuyen al propio Voltaire: *Sa sainte majesté le hasar décide de tout*. Pero, sin duda, la suerte decide muchas cosas y no acompañaba al prócer del Perú en su gobierno de Lima. Errores pudo cometer San Martín. Quienes piensan lo contrario, lo prefieren de bronce, inmóvil y frío, al sol y al agua, apeadero de los palomos, y no de carne y hueso, con pasiones y tentaciones y aun con errores, como Napoleón, como Bolívar, como cualquier otro de los grandes de verdad, que deseáramos ver de nuevo en la vida y oírlos y hablarles y tocarlos.

Dada la situación creada en Lima y en la Gran Colombia, sólo un acercamiento entre Bolívar y San Martín podía significar una solución. Ambos se habían mirado desde lejos, ya de tiempo atrás...

Bolívar había escrito a Cochrane desde Trujillo en agosto de 1821: “Yo convido a Vuestra Excelencia para que con su victoriosa cooperación venga a las extremidades de Colombia, sobre las costas de Panamá, a dar su bordo a los soldados colombianos, que, dejando ya la

bandera del triunfo sobre los muros de la República, quieren volar a los Andes del sur a abrazar a sus intrépidos y esclarecidos hermanos de armas, para marchar juntos a despedazar cuantos hierros opriman a los hijos de América. La escuadra de Chile, la escuadra del lord Cochrane, hará pasear sobre los mares, que ella ha librado de los enemigos del comercio, al ejército colombiano, auxiliar del Perú". Y a uno de sus generales, Carlos Soublotte: "Juancho Castillo se ha venido de por allá y asegura que muchos me desean, inclusive San Martín". Y agregaba: "Señal evidente de necesidad"... Esta convicción tenía Bolívar cuando llegó triunfante a Quito, desde donde escribió: "El ejército de Colombia está pronto a marchar adondequiera que sus hermanos lo llamen y muy particularmente a la patria de nuestros vecinos del Sur, a quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas". Pero afirmó su propósito de anexionar Guayaquil a Colombia. Por otra parte, San Martín escribió aceptando expresamente el concurso ofrecido por Bolívar y anunciando su visita: "Los triunfos de Bomboná y Pichincha han puesto el sello de la unión de Colombia y del Perú, asegurando al mismo tiempo la libertad de ambos Estados. Yo miro en este doble aspecto la parte que han tenido las armas del Perú en aquellos sucesos. V.E. ha consumado la gloria que emprendió con heroísmo. El Perú es el único campo de batalla que queda en América y en él deben reunirse los que quieran obtener los honores del último triunfo. Yo acepto la oferta generosa que usted se sirve hacerme en su despacho del 17 del pasado; el Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que pueda disponer V.E. a fin de acelerar la campaña y no dejar el menor influjo a las vicisitudes de la fortuna; espero que Colombia tendrá la satisfacción de que sus armas contribuyan poderosamente a poner término a la guerra del Perú, así como las de éste han contribuido a plantar el pabellón de la República en el sur de su vasto territorio. Antes del 18 saldré del Callao y apenas desembarque en el de Guayaquil marcharé a saludar a V.E. en Quito".

Bolívar se apresuró a llevar tropas a Guayaquil y de allí escribió al Protector: "Usted no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar en el *suelo de Colombia* al primer amigo de mi corazón y de mi patria". Esta carta escrita desde Guayaquil decía mucho: Bolívar había decidido que Guayaquil formara parte del suelo de Colombia.

El 26 de julio desembarcó el Protector en Guayaquil. Bolívar lo recibió "del modo más cumplido y caballeresco". Fueron al puerto edecanes del Presidente para decirle que éste deseaba verlo sin demora y que estaba preparada la casa en que debía hospedarse. "El general bajó a tierra –dice Espejo– con toda su comitiva, y desde el muelle hasta la casa se hallaba formado un batallón de infantería en orden de parada, el que hizo los honores correspondientes a su alto rango. Bolívar, de gran uniforme y acompañado de su estado mayor. Lo esperaba en el vestíbulo de la misma, y al acercarse San Martín, se adelantó unos pasos y, alargando la diestra, dijo: 'Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado general San Martín'. Éste contestóle congratulándose también de encontrar al Libertador de Colombia, agradeciendo tan cordial demostración, pero sin admitir los encomios. Juntos subieron la escalera, siguiéndolos ambas comitivas, hasta el gran salón de la casa en que tomaron asiento. En seguida se retiró el batallón que había hecho los honores, dejando a la puerta guardia de honor mandada por un oficial."

Bolívar presentó a los generales que lo acompañaban, principiando por Sucre y, a pocos momentos, empezaron a entrar las corporaciones de la ciudad a felicitar a su nuevo huésped.

Luego apareció un grupo considerable de señoras con igual objeto, dirigiéndole una alocución la matrona que las encabezaba. San Martín contestó con aquella cortesana galantería con que acostumbraba tratar al bello sexo, y pasado un momento de silencio, adelantándose una joven como de diecisiete años, dirigió a éste (que al lado del Libertador se mantenía en medio de la sala) un discurso lleno de encomios patrióticos, y al concluir colocó sobre sus sienes una corona esmaltada de laurel. Sonrojado por su natural modestia con aquella demostración inesperada, quitándose la con aire de simpática amabilidad, expresó a la señorita que estaba persuadido que él no merecía semejante muestra de distinción, pues había otros cuyo mérito era más digno de ella, pero que tampoco pensaba deshacerse de un presente de tanto mérito, ya por las manos de quien venía como por el patriótico sentimiento que lo había inspirado, y que se proponía conservarlo como uno de sus más felices días. Terminada aquella escena, se retiraron las corporaciones, la reunión de señoras y el cuerpo militar, quedando el Libertador con sólo dos edecanes. Los coroneles Guido y Soyer invitaron a éstos a pasar a otra habitación, a efecto de dejar solos a los dos grandes personajes que tanto habían ansiado verse reunidos.

“Ellos cerraron las puertas por dentro y los edecanes estaban a la mira de que nada los interrumpiera; así permanecieron por hora y media, siendo este el primer acto de la entrevista, que, según la expresión de ambos, había sido por tanto tiempo deseada.”

Hubo dos conferencias más: “en la tarde del mismo día (media hora); y la tercera el día 27 de julio, que duró desde la una hasta las cinco de la tarde”.

Aunque algunos de los oficiales de ambos jefes pretendieron, pasados muchos años, estar al tanto de lo que se trató en esas conferencias y mucho se ha escrito sobre ellas, son todavía en parte un secreto para la historia, por lo menos en lo tocante a todas las cuestiones que allí se trataron. Median también algunos documentos contradictorios.

Una carta del general San Martín escrita desde Bruselas cinco años después, y dirigida al general Miller, dice así: “En cuanto a mi viaje a Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú, auxilios que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de América) lo exigía, por lo que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada, cuanto el ejército de Colombia, después de la batalla de Pichincha se había aumentado con sus prisioneros, y contaba con 3.600 bayonetas; pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primera conferencia con el Libertador me declaró que, haciendo todos los esfuerzos posibles, sólo podía desprenderse de tres batallones, con la fuerza total de 1.070 plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba convencido de que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia; así es que mi resolución fue tomada en el acto, creyendo de mi deber el último sacrificio, en beneficio del país. Al siguiente día, y a presencia del vicealmirante Blanco, dije al Libertador, que, habiendo dejado convocado el Congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería el último de mi permanencia en el Perú, añadiéndole: Ahora le queda a usted, general, un nuevo campo de gloria en el que va usted a poner el último sello de la libertad de la América. (Yo autorizo y luego a usted escriba al general Blanco, a fin de rectificar este hecho). A las dos

de la mañana del siguiente día, me embarqué, habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote, y entregándome su retrato como una memoria de lo sincero de su amistad.”...

“A las dos de la mañana me embarqué”, dice San Martín. En efecto, estuvo hasta esa hora en un baile, después de un banquete, todo lo cual se hacía en su honor. “Al día siguiente de nuestra partida –dice el general Espejo– se levantó el general, al parecer, muy preocupado y pensativo, y, paseándose sobre cubierta, después del almuerzo, dijo a sus edecanes: –Pero ¿han visto cómo el general Bolívar nos ha ganado de mano? Más espero que Guayaquil no será agregado a Colombia, porque la mayoría del pueblo rechaza esa idea. Sobre todo, ha de ser cuestión que ventilaremos después que hayamos concluido con los chapetones que aún quedan en la sierra. Ustedes han presenciado las aclamaciones y vivas tan espontáneas como entusiastas que la masa del pueblo ha dirigido al Perú y a nuestro ejército. En efecto (agregan los apuntes que voy extractando) esos fueron los sentimientos que los guayaquileños expresaban incesantemente a San Martín en los días de su permanencia en la ciudad y el tema general que los más notables de ellos tomaban para sus conversaciones con aquél y con los edecanes. Pero apenas llegó al Callao, y fue instruido por el capitán del puerto y comandante general de marina del estado de Lima y de la deposición y extrañamiento del ministro Monteagudo, la escena cambió, y el general, concentrado y taciturno, desembarcó en el acto y pasó a su casa de campo de la Magdalena. Desde ese momento se persuadió San Martín que la anarquía asomaba en el Perú y que las aspiraciones se desencadenarían sin respetar nada. En seguida asumió el mando supremo, y todas las medidas que dictó fueron tendientes a reunir el congreso constituyente, alejarse de los negocios públicos y dejar el país entregado a su propio destino.”

Bolívar, entretanto, escribió: “San Martín y otros jefes han ido despedazándome por las cosas de Guayaquil”. Lo que parece demostrar que las entrevistas secretas significaron un descalabro para San Martín y revela que no fueron solamente las cosas del Perú ni la revolución que se hizo en Lima contra Monteagudo (cuando el Protector estuvo en Guayaquil) las que determinaron su alejamiento de la vida pública... Porque, apuradas las diferencias entre quienes han considerado hasta hoy “históricamente” la entrevista de Guayaquil, queda pendiente esta cuestión: ¿fue la actitud de Bolívar en Guayaquil la que determinó el alejamiento de San Martín de la vida pública?... ¡Sí!, contestan unos. Si Bolívar hubiese dado las fuerzas pedidas, fuerzas que podía y debía dar en seguida, San Martín habría terminado inmediatamente la guerra del Perú. ¡No!, contestan los otros: Bolívar ofreció lo que podía y debía ofrecer, en los plazos y circunstancias necesarios, y el alejamiento de San Martín estaba decidido por él mismo antes de Guayaquil. Lo precipitó la revolución contra Monteagudo, que le fue comunicada por Bolívar. En Guayaquil se trató sobre todo de monarquía y república. San Martín era monárquico, Bolívar republicano.

Los hechos demostraron que San Martín no era tan monárquico, aunque de oportunismo, como lo dejó creer (si bien se decía republicano de principios) ni Bolívar tan republicano, si por república ha de entenderse el régimen representativo de gobierno...

La carta de Lafond, así llamada por haber aparecido veinte años después de la entrevista, en un libro del marino francés de ese apellido, en idioma también francés, y cuya autenticidad niegan (porque no existe el original del documento) de un tiempo a esta parte los

historiadores venezolanos (aunque hasta 1912 el más fiero de ellos, don Rufino Blanco Fombona, la reconocía como auténtica diciendo: “La carta de San Martín a Bolívar no dudamos que sea auténtica y sobre todo que se enviara en aquella época a Bolívar...”), aclara cuestiones importantes de la entrevista y descubre una altura moral extraordinaria en quien la escribió:

“Exmo. Señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar. Lima 28 de agosto de 1822. Querido general: Dije a usted en mi última del 23 del corriente que habiendo reasumido el mando supremo de esta república, con el fin de separar de él al débil e inepto Torre Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribirle con la extensión que deseaba; ahora, al verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter sino con la que exigen los grandes intereses de la América. Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso de que su delicadeza no le permitirá jamás mandarme y que aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro que el congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame, general, le diga no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy persuadido que la menor manifestación suya al congreso sería acogida con unánime aprobación, cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de usted y del ejército de su mando, y que el alto honor de ponerle término, refluiría tanto sobre usted como sobre la república que preside. No se haga usted ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas; ellas montan, en el Alto y Bajo Perú, a más de diecinueve mil veteranos que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota, diezmando por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino ocho mil quinientos hombres y, de éstos, una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas según me escribe este general no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de mil cuatrocientos colombianos que usted envíe, será necesaria para mantener la división del Callao y el orden de Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios no podrá conseguir las ventajas que debían esperarse. Si fuerzas poderosas no llamasen la atención del enemigo por otra parte y así la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido porque estoy íntimamente convencido de que, sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de América es irrevocable; pero también lo estoy de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males. En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado; para el veinte del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú y al día siguiente de su instalación, me embarcaré para Chile convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando.

“Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad, terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse. No dudando que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia y que usted no podrá negarse a tan

justa exigencia, remitiré a usted una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada pueda ser usted de alguna utilidad su conocimiento . El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro lo harán acreedor a que usted le dispense toda consideración.

“Nada le diré a usted sobre la reunión de Guayaquil a la república de Colombia. Permítame general que le diga que no era a nosotros a quienes correspondía decidir.”

Concluida la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de América.

“He hablado a usted, general, con franqueza pero los sentimientos que exprime esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.”

“Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito a usted una escopeta y un par de pistolas juntamente con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted general esta memoria del primero de sus admiradores.”

“Con estos sentimientos y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repita su afectísimo servidor.  
*José de San Martín.*”

Por esos días, Bolívar, en carta a Juan Peñalver, le decía: “El general San Martín vino a verme en Guayaquil y me pareció lo mismo que ha parecido a los que más favorablemente juzgan de él, como Francisco Rivas, Juan Castillo y otros.”

Reticente y falto de generosidad es el juicio, tratándose del héroe de Chacabuco y de Maipú, del hombre cuyas hazañas en 1818 le habían hecho decir de Bolívar: “Estimo ahora segura la expedición libertadora de la Nueva Granada”. Y después de Carabobo: “Mi primer pensamiento cuando vi a mi patria libre, fue Vuestra Excelencia, el Perú y su Ejército Libertador”.

Y conste que el autor de estas líneas no escribe para disminuir la gloria de Bolívar, de quien dijo San Martín –poniendo a un lado sus defectos– que era el hombre más asombroso que había producido la América del Sur.

## AGENDA DE LECTURAS

Aunque incompleto y también parcial, por la intención que animó a su recopilador, el volumen publicado por la Editorial América (hoy muy raro en el comercio) con el título de *La entrevista de Guayaquil* reúne la gran mayoría de las versiones existentes sobre la famosa entrevista, ya se trate de documentos o de memorias. Puede verse Mitre, *op. cit.*, Paz Soldán, etcétera.

José Luis Busaniche. *San Martín vivo*. Cap. XV. pp. 167-181. 2º ed. Buenos Aires: Emecé 2000.